

Gamberrismo verbal

LLÀTZER MOIX

LA VANGUARDIA, 11.02.07

El martes por la noche un viajero catalán aterrizó en Barajas y tomó un taxi en dirección a la capital. El taxista tenía sintonizada una emisora antigubernamental en la que, entre otras perlas demagógicas, se pronunció ésta: "Los militares españoles cobran menos que sus colegas europeos porque el Gobierno se lo gasta todo en la financiación del Estatut catalán". La frase retumbó en la mente del viajero. Le sonaba a incitación al golpismo. Como si en lugar de haber viajado en el espacio lo hubiera hecho en el tiempo, hacia atrás. El tono de los contertulios era desabrido, tabernario, un amontonamiento de sentencias condenatorias, carentes de argumentación.

En Madrid, como en todas partes, hay taxistas que escuchan músicas menos enervantes. Pero la mayoría de los que le han caído en suerte al viajero prefieren las tertulias incendiarias. Y contagiosas. En una visita anterior, cierto taxista quiso aportar su grano de arena al tormentoso diálogo que emitía la radio y, aprovechando un semáforo en rojo - quizá para no verlo-, se dio media vuelta, miró de frente al viajero, y le dijo que todo aquello él lo arreglaría en un momento. El viajero cometió la imprudencia de preguntarle cómo. La respuesta que recibió incluía el pronombre *yo*, así como una forma condicional del verbo *colgar* y los sustantivos *soga*, *cuello* y *árbol*. Llegar a Madrid y tomar un taxi con abono de tertulia radiofónica es como situarse ante la puerta del infierno de Dante, orlada con la célebre leyenda *Lasciate ogni speranza voi ch' entrate*.

El taxi es la puerta, y por su receptor radiofónico asoman las llamas del averno, lamiendo el *tablier*, propagándose por el habitáculo y acechando al viajero, sumido en un mundo bronco, hipertenso, que camina hacia el abismo. Uno se pregunta cómo resiste el taxista su jornada bajo el influjo de tales pirómanos. Y se dice que debe de vestir traje de amianto; o que quizá sea, él mismo, un hierro al rojo vivo - como el que mentaba *soga*, *cuello* y *árbol*-; o que, pese a las apariencias, acaso esté ya totalmente calcinado y no le quede más futuro que a

esos troncos, todavía enteros en el hogar, que con un solo golpe de atizador se desintegran en una constelación de brasas.

Esta crispación verbal, esta cultura del insulto y la difamación fomentada por ciertos diarios y radios, por ciertos políticos y obispos, se expande con furia creciente por la sociedad, aventada por la pasión chismosa de los ciudadanos. La capital es un mar de cotilleos difamatorios, que se propagan a la velocidad del clic electrónico. Estas historias son reproducidas con mohínes de indignación por unos y otros, miles de veces. A menudo son succulentas. Y, con frecuencia, falsas.

En el borrascoso Madrid actual, este último detalle ya resulta irrelevante. El gamberrismo verbal está tan extendido, ha adquirido tal carta de naturaleza entre el *establishment*, que ya no precisa de la muleta de la verdad para caminar. Se insulta desde la tribuna del Parlamento. Se insulta en las manifestaciones populares. Se insulta incluso en el seno del Tribunal Constitucional. Diríase que toda la sociedad, también sus altas instancias, está desaprendiendo las normas básicas de convivencia, abocadas al colapso. La situación es preocupante. Y nadie se atreve a asegurar que no irá a peor. ¿Asistiremos impasibles a esta escalada? ¿O sería ya hora de actuar contra estos gamberros de palabra como se actúa contra los gamberros de obra?